El centenario del Instituto de Estudios Hispánicos de París

ANTONIO NIÑO
Universidad Complutense de Madrid

El Instituto de Estudios Hispánicos de París celebra este año su centenario con diversas actividades conmemorativas[1]. Se constituyó como instituto universitario en plena Gran Guerra europea, con el propósito de facilitar el entendimiento franco-español a través de la colaboración de sus elites intelectuales. En 1917, en la fase más crítica de la guerra, aquella decisión del Consejo de la Universidad de París suponía la voluntad de consolidar los estudios hispánicos en la Sorbona, y un gesto a favor del acercamiento bilateral que contaba con el apoyo político de los dos gobiernos.

El Instituto no surgió de la nada. París era entonces, probablemente, la capital donde mayor desarrollo había tenido el hispanismo científico a nivel internacional. El hispanismo moderno, entendido como una corporación o *collegium* de personas dedicadas al estudio de la civilización española, se había desarrollado en Francia desde finales del siglo XIX como una nueva especialidad, dentro del campo de la filología positivista, encargada de estudiar la lengua y la literatura españolas según los métodos rigurosos de esa corriente. Gaston Paris y Paul Meyer habían renovado la filología románica francesa según el nuevo canon, y uno de sus discípulos, Alfred Morel-Fatio, fue el encargado de trasladar a los estudios hispánicos el método crítico característico de esta escuela. Así nació el hispanismo científico que acabó convirtiéndose en una disciplina con pleno reconocimiento académico. Los pioneros del hispanismo impusieron una nueva forma de tratar los textos literarios españoles basada en un riguroso y austero trabajo de erudición histórica, que incluía la comparación de manuscritos y de ediciones, la investigación de las fuentes y el establecimiento de la filiación intelectual de la obra. Unos procedimientos científicos que importaría en España Menéndez Pidal y su escuela, siguiendo precisamente el modelo de la filología positivista francesa.

Curiosamente, el magisterio de Alfred Morel-Fatio y el trabajo de sus discípulos se desarrolló al margen de la institución universitaria. Los centros donde se hacía la investigación de vanguardia en el campo de las letras y humanidades eran entonces la École Pratique des Hautes Études, donde Morel-Fatio dio sus clases desde 1885, y el Collège de France, donde desempeñó ininterrumpidamente la cátedra de lenguas y literaturas de la Europa meridional en el desde 1884 hasta 1917. Sus discípulos tampoco penetraron en la fortaleza universitaria de París. El principal de ellos, Raymond Foulché-Delbosc, propietario y director de la principal revista de erudición hispánica de la época: la *Revue Hispanique*, consiguió desarrollar su ingente

[1] Esas actividades se pueden seguir en la página dedicada al centenario: https://ieh.hypotheses.org/

labor de investigación gracias al apoyo económico de la Hispanic Society de Archer M. Huntington.

Las primeras cátedras hispanistas de Francia se fundaron en las universidades del Midi. Ernest Mérimée fue titular de la primera cátedra de español creada en la Universidad de Toulouse en 1886. La Universidad de Bordeaux creó la suya en 1898 y la Universidad de Montpellier en 1900. La Sorbona solo creó un puesto específico para la enseñanza de la lengua y literatura españolas en 1906, y no la convirtió en cátedra hasta 1919. El puesto lo ocupó Ernest Martinenche, un profesor cuya formación se había realizado en humanidades greco-latinas, al que le interesaba la literatura española, que consideraba producto de un genio nacional violento y apasionado, únicamente para descubrir la influencia que había ejercido sobre algunas obras maestras de la literatura francesa. No era un cultivador de la erudición positivista al uso, sino un hombre partidario del equilibrio, del gusto y de la sutileza en la interpretación de los textos.

Martinenche no destacó por su producción científica, pero fue un precursor y un activista de la diplomacia cultural. Hizo una intensa labor de promoción de las relaciones académicas con España y con América Latina. En 1908 fue uno de los fundadores del Groupement des Universités et Grandes Écoles pour les Relations avec l'Amérique Latine, una plataforma de expansión universitaria que contó con el apoyo oficial y una generosa financiación del Estado, encargada de organizar los intercambios intelectuales de Francia con esa parte del mundo. Desde 1909 ejerció como secretario general y acabaría siendo su presidente. En 1910 realizó su primera misión oficial como representante de la Sorbona ante las universidades de Buenos Aires y México, y aprovechó el viaje para recorrer casi todo el subcontinente. En 1911 fue invitado a volver a Argentina para impartir un curso en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, en una especie de contrapartida del viaje que Rafael Altamira había realizado el año anterior al continente. Tras ese viaje, las misiones de profesores franceses en América Latina se multiplicaron. Junto con Georges Dumas, profesor de psicología de la Sorbona, fue el gran embajador intelectual de Francia en América Latina hasta los años treinta. Se encargó de impulsar la fundación de liceos franceses en Brasil y en Uruguay, y de crear un Instituto de la Universidad de Paris en Buenos Aires en 1922.

Martinenche, además de promotor de los estudios americanistas y de embajador intelectual en América Latina, impulsó la colaboración universitaria con España. Como titular de la enseñanza de la lengua y literatura españolas en la Sorbona fue el presidente del Centre d'Études Franco-Hispaniques que se fundó el 13 de diciembre de 1912 bajo el patronazgo de la Universidad de París y de la embajada española en aquella capital. Su verdadero inspirador, sin embargo, había sido Carlos Ibáñez de Ibero Grandchamp, un español que estudió ingeniería civil en París y que había obtenido en 1912 el título de doctor en letras por aquella universidad con una tesis de economía política. El centro se creó como un organismo dedicado a fomentar la amistad entre los intelectuales de los dos países, acoger a los becarios españoles que iban a París a completar su formación, y ofrecer un lugar de estudio a los franceses interesados por la cultura hispánica.

En la creación de aquel centro fue decisivo el apoyo del Gobierno español, convencido por el propio Ibáñez de Ibero para que otorgara una subvención regular con la

que sostener el funcionamiento del Centro. El proyecto que Ibáñez de Ibero presentó a las autoridades españolas era mucho más ambicioso, pues se proponía crear establecimientos análogos en las diferentes capitales de Europa, con el apoyo de las universidades, "en un vasto plan de expansión intelectual hispana […]. El mayor deseo del Secretario General sería que el proyecto ideado por él tenga plena significación al punto de vista nacional y que la organización de dicho movimiento intelectual se verifique bajo la égida de España". Había pues razones "de orden moral" para apoyar la fundación en la Sorbona un centro de estudios dedicado a la cultura española. El propósito, acorde con el contexto de las relaciones bilaterales del momento, era combatir y contrarrestar los prejuicios que dificultaban la aproximación entre los dos países y facilitar la comunicación entre las élites culturales. En una coyuntura marcada por el pacto franco-español para repartirse el protectorado en Marruecos y el tenso clima internacional del momento, los dirigentes de ambos países entendieron que fomentar las relaciones intelectuales serviría para deshacer arraigados prejuicios y malentendidos históricos que creaban un clima de opinión muy poco propicio para culminar la entente franco-española. La cooperación cultural se proponía mejorar la imagen de la cultura española entre los franceses, combatir la desconfianza mutua y servir de preludio y garantía de otras colaboraciones en el dominio comercial y político.

El Centro dependía de la Facultad de Letras y sus presidentes de honor eran el rector de la Universidad y el embajador de España. Martinenche presidía el consejo de dirección e Ibáñez de Ibero actuaba como secretario general. Franceses y españoles se repartían, a partes iguales, los puestos en el consejo de dirección. La inauguración tuvo lugar el 14 de febrero de 1913 con un acto celebrado en la Sorbona presidido por el vicerrector Loius Liard y por el embajador de España, con discurso de Martinenche y conferencia de Rafael Altamira y Crevea, ilustre historiador y jurista, entonces Director general de Enseñanza Primaria en España. El Centro mantenía una biblioteca especializada, un servicio de información y, sobre todo, organizaba cada año dos ciclos de conferencias: el primero, de carácter general, trataba temas de arte, de historia o de las relaciones entre España y Francia. El segundo era impartido por profesores de las universidades españolas y trataba de la actualidad económica, universitaria, científica y artística de su país. Las conferencias, abiertas al público, se daban en el anfiteatro Richelieu de la Sorbona.

Estas conferencias se suspendieron con el comienzo de la Gran Guerra europea, y el Centro, como la propia Sorbona, entró en un periodo de letargo mientras se desarrollaba el conflicto armado. Sin embargo, la propia guerra puso de nuevo de actualidad la importancia de las imágenes respectivas y de los estereotipos de la opinión pública para el acercamiento diplomático entre los dos países. La división de la opinión española entre francófilos y germanófilos y las necesidades de la propaganda de los aliados en la Península aconsejaron recurrir de nuevo a los académicos y a los intelectuales para tender puentes entre las dos sociedades. Empezó el gobierno francés enviando en la primavera de 1916 una misión académica compuesta por prestigiosas personalidades, con el propósito de convencer a los españoles de la superioridad moral, intelectual y científica de Francia sobre sus enemigos, y demostrar al mismo tiempo que la guerra no había interrumpido el tradicional *rayonnement* de la cultura francesa. Una misión que no debía tener ningún carácter político, confiada a personas

de suficiente categoría y prestigio como para halagar el amor propio de los españoles con su sola presencia. La misión estuvo formada por miembros del Institut de France: Étienne Lamy, el filósofo Henri Bergson, el naturalista Edmond Perrier, el organista Charles Widor y el historiador Imbart de la Tour, diputado y miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Maurice Legendre actuó como secretario. El viaje se realizó en plena batalla de Verdún, y fue un éxito por el eco que tuvo y la movilización que provocó. La opinión liberal y los partidarios de los aliados acogieron la visita de los académicos con entusiasmo, mientras que los germanófilos se mantuvieron en silencio.

Para devolver la visita, y para mostrar la simpatía de la intelectualidad española por la causa francesa, una misión de académicos españoles viajó a Francia en octubre de 1916. Presidida por el Duque de Alba, estaba formada por Rafael Altamira, Menéndez Pidal, Jacinto Octavio Picón, Manuel Azaña, Gómez Ocaña, Odón de Buen, y Américo Castro, que actuaba como secretario. Todos eran francófilos convencidos, y la mayoría eran personalidades de signo liberal, en sentido amplio. El viaje era un acto de apoyo moral a la causa francesa en un momento crítico de la guerra. A la altura de finales de 1916 los dirigentes franceses habían renunciado ya a la posibilidad de ver a España sumarse al bloque de países aliados, posibilidad que, por otra parte, nunca habían buscado de manera decidida, convencidos de la debilidad militar del país. Pero quedaba el factor moral, la conveniencia de contar con el apoyo explícito de España y de reforzar la situación de Francia en el plano internacional.

Los intelectuales españoles visitaron el Centre d'Études Franco-Hispaniques de la Sorbona. Martinenche les expuso el fin y funcionamiento del centro y Menéndez Pidal disertó sobre "Quelques caractères de la littérature espagnole". En ella contraponía la epopeya germánica, donde se ensalza al héroe individual impulsado por el odio y la venganza, a la epopeya francesa y española, inspirada en los ideales más humanos y más amplios de la patria, la cristiandad y la misma civilización europea. Menéndez Pidal concluía con un mensaje adaptado a aquel auditorio:

> España, tras un largo periodo de infortunio, se esfuerza desde hace algunos años por levantarse, reconstruirse intelectualmente, por renovar su tradición, intensificando sus relaciones con el resto de países europeos. Por esa razón, ahora como siempre, se vuelve hacia Francia[2].

Aprovechando el paso de la misión española por Francia y su visita a la Sorbona, y en aquel ambiente de confraternidad intelectual, Ernest Martinenche y Carlos Ibáñez de Ibero, presidente y secretario general del Centre d'Études Franco-Hispaniques, realizaron una nueva petición al Consejo de la Universidad para elevar la categoría del centro y cambiar su denominación por la de Institut d'Études Hispaniques de la Universidad de París. La nueva institución se configuraba, a la vez y simultáneamente, como un instrumento de política cultural en el exterior para las autoridades españolas, como un medio de favorecer el acercamiento franco-español para las autoridades

[2] MENENDEZ PIDAL, R., "Quelques caractères de la littérature espagnole", en *Revue Internationale de l'Enseignement*, Société de l'Enseignement Supérieur, n. 60 (1916), pp. 401-413.

francesas; y como una plataforma para el desarrollo del hispanismo parisino para la corporación hispanista. Entre sus promotores subyacía la idea de que la mejor forma de facilitar la comprensión entre los pueblos era fomentar los estudios de las lenguas y de las literaturas respectivas. La filología de la época seguía los postulados ya enunciados por el filósofo Herder: los pueblos viven espiritualmente en su lenguaje y en sus monumentos lingüísticos, recogidos bajo el concepto de literatura; a través de ella se pueden estudiar los rasgos y los caracteres de las naciones. Los estudios de las lenguas extranjeras tenían por lo tanto el mérito de contribuir a reducir las distancias entre los grupos humanos y facilitar la comprensión entre ellos. Esa reducción de la distancia era la aportación más valiosa que el hispanismo francés podía ofrecer en beneficio del interés nacional. Cuando aumentaba la importancia de las relaciones con España, como en la crítica coyuntura de la Gran Guerra europea, el papel del hispanismo adquiría así una importancia estratégica enorme.

Las actividades del Instituto comenzaron nada más acabar la guerra, con un curso de lengua española encomendado al joven poeta y profesor Jorge Guillén, que permaneció como lector en la Sorbona hasta 1923. El Instituto también organizaba dos ciclos de conferencias impartidas en el anfiteatro Richelieu de la Sorbona: el primero dedicado a ofrecer una visión general de la actividad en España durante el año precedente. El segundo ciclo de conferencias seguía un plan metódico para tratar de la Historia general de la civilización española: el arte, el pensamiento y la literatura. Aurelio Viñas, profesor de historia de la universidad de Valladolid, y Rafael Altamira, fueron los profesores invitados con más asiduidad en los años veinte.

Una iniciativa novedosa del nuevo Instituto fue la creación de una publicación periódica destinada a "dar a conocer entre nosotros el movimiento intelectual en España, y en particular las producciones de elite joven española, lo que contribuiría de forma eficaz a nuestro trabajo de acercamiento". En enero de 1918, cuando aún duraba la guerra, se publicó el primer número de la revista *Hispania*. Como órgano del Instituto de Estudios Hispánicos, en *Hispania* se publicaban las conferencias que allí se organizaban, pero también daba cuenta de las novedades de la vida española contemporánea, con una sección de "crónicas" dedicada al seguimiento de la vida artística, política, literaria y social. Se editaba íntegramente en francés, pues se dirigía al público cultivado de ese país y su propósito era dar a conocer el movimiento intelectual español. Hasta 1922, año en que desapareció por razones económicas, en *Hispania* se publicaron algunos artículos de investigación y de erudición, pero su característica distintiva fue que prestó especial atención a los temas de actualidad. En sus páginas aparecían traducciones de textos literarios de autores contemporáneos españoles, semblanzas de personalidades españolas, ensayos políticos, y temas de la coyuntura social. Por supuesto, fomentó claramente la aliadofilia y la lucha contra la germanofilia. En sus cinco años de existencia contó con una impresionante nómina de colaboradores procedentes de las letras: Azorín, Blasco Ibáñez, Valle Inclán, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, Rubén Darío, Ramón Gómez de la Serna, Miguel de Unamuno, Eugeni d'Ors, Cansinos Asens, Francis de Miomandre, José María de Heredia, Jules Supervielle, Alfonso Reyes, Alberto Insúa; de los estudios universitarios: Rafael Altamira, Georges Cirot, Ernest Martinenche, Jorge Guillén, Deleito Piñuela; publicó los trabajos de hispanistas heterodoxos o situados en los márgenes, como Marius An-

dré, de l'Action Française, Camile Pitollet o Jean Cassou; y contó con analistas de la política y de la vida social españolas como Manuel Azaña y Angel Marvaud.

Con la ayuda de generosos mecenas, como el Marqués de Casa Valdés y algunas empresas francesas con intereses en España, se construyó el primer edificio del Instituto en su actual ubicación de la calle Gay Lussac. La inauguración tuvo lugar el 29 de mayo de 1929, presidida por el presidente de la República Gaston Doumergue, y con asistencia de numerosas autoridades francesas y españolas. La representación científica corrió a cargo de Ernest Martinenche por el lado francés y, por ausencia de Menéndez Pidal y de Altamira, fue Américo Castro quien representó a la ciencia española. En el discurso de inauguración Martinenche se refería expresamente a esa función de intermediación y de comunicación que se asignaba al Instituto:

> Sería larga la lista de reproches que a lo largo de los siglos se han lanzado a través de los Pirineos. ¡Cuántas veces no se basaban en la ignorancia o en un malentendido! Si enseñando la lengua y la civilización españolas consiguiera nuestro Instituto descartar algunas de las pequeñas necedades que son la causa de grandes desacuerdos, no habría servido mal los más altos intereses, sin abandonar por ello su papel universitario[3].

1929 fue un año importante para la imagen internacional de España. En la Península se celebraron dos grandes exposiciones internacionales en Barcelona y en Sevilla. Siete meses antes de la inauguración del Instituto de París había abierto sus puertas la Casa de Velázquez de Madrid, y al día siguiente de la inauguración la comisión española visitaba el emplazamiento donde se construiría el Colegio de España en la Cité Universitaire Internationale de París.

La originalidad del Instituto era la organización de cursos especiales que trataban de la historia, la historia del arte, la legislación y la geografía de España, confiados a especialistas en diferentes aspectos de la actividad literaria y artística española. La Junta para Ampliación de Estudios era la encargada de seleccionar a los conferenciantes de cada año. La calidad de la mayoría de estos profesores deja entrever el alto nivel de los cursos y conferencias ofrecidos. Los colaboradores más asiduos del Instituto procedían todos del Centro de Estudios Históricos de Madrid: Rafael Altamira había dirigido uno de los seminarios de ese centro, como Ramón Menéndez Pidal, y de allí procedía también Américo Castro, quien había recomendado a Pedro Salinas como lector, a quien sucedió su amigo Jorge Guillén, y luego Rafael Lapesa. Algunos de ellos fueron integrantes de la generación poética de 1927, que se dieron a conocer en Francia gracias a las traducciones y las relaciones con el mundo literario parisino de Mathilde Pomès, antigua alumna del Instituto y profesora de español en un liceo de la capital.

El esplendor de aquella colaboración se produjo durante los años de la República española, cuando la prensa española y francesa anunciaba y seguía con regularidad las lecciones que allí se impartían. Muchas figuras de las letras y del arte español de entonces tomaban así contacto con el público de París. Salvador de Madariaga, Rafael Alberti, Lorenzo Luzuriaga, Dámaso Alonso, Eugenio d'Ors, Ramón Gómez

[3] Ver *Inauguration de l'Hôtel de l'Institut d'Études Hispaniques*, 29/05/1929, p. 26.

de la Serna, por citar algunos, fueron conferenciantes en la Sorbona gracias al programa de actividades organizado por del Instituto. La colaboración universitaria franco-española funcionaba perfectamente con este modelo, y el éxito se intentó repetir en otros países: en 1932 se creó en Bruselas un Instituto de Estudios Hispánicos similar, patrocinado por la Universidad de Bruselas y el Gobierno español.

Pero, como institución binacional, el Instituto sufrió las consecuencias de la Guerra Civil española, primero, y de las tensas relaciones de la posguerra, después. El gobierno republicano suspendió la subvención que otorgaba, por la posición de estricta neutralidad que adoptó el Instituto, y el gobierno franquista no la reanudó después. Las relaciones bilaterales pasaron por momentos de gran tensión al acabar la guerra —con cierre de la frontera incluido— y existía un temor persistente a las acciones de los republicanos exiliados en Francia, que contaban con un gran apoyo en la opinión pública de ese país. Las autoridades de la Sorbona tampoco estaban muy dispuestas a reanudar la cooperación universitaria con los representantes de una dictadura despreciada. Marcel Bataillon, el director que sucedió a Martinenche, mantuvo abiertos enfrentamientos dialécticos con los representantes diplomáticos del franquismo[4], y Jean Sarrailh, el rector de la Universidad de París, era un hispanista resistente durante la guerra mundial que mantenía fuertes lazos afectivos con el exilio republicano.

En los años cincuenta y sesenta, cualquier personalidad relacionada con el hispanismo, de actualidad o de paso por París, era invitada por el Instituto: escritores, poetas y profesores, como el ecuatoriano Jorge Icaza, Rafel Alberti, Miguel Delibes, Miguel Ángel Asturias, etc. La actividad editorial fue un gran escaparate de su funcionamiento con el lanzamiento de las *Éditions Hispaniques*[5]. Desde 1960 varias generaciones de estudiantes parisinos y de provincias usaron los textos pedagógicos de esa editorial, que fueron incesantemente reeditados y actualizados. El éxito de aquellos textos permitió abrir nuevas colecciones, especialmente la de "Thèses, Mémoires et Travaux". Luego aparecieron más colecciones especializadas: "Études Hispaniques", donde se editaron obras como la de Ricard, *Galdós et ses romans*. "Chefs-d'Œuvre Hispaniques", con dos comedias de Calderón y dos comedias de Lope de Vega, una de ellas *La Circe*, editada por Charles V. Aubrun y Manuel Muñoz Cortés, además del libro de Jorge Guillén, *Cán[6]tico*, reproducción de la edición de 1928. La colección "Pages oubliées, pages retrouvées", donde Miguel Angel Asturias publicó uno de sus trabajos de juventud: *El problema social del indio y otros textos*. La colección "Textes Hispaniques", que recogió la obra de Simón Bolívar: *Cuatro cartas y una memoria*. La colección "Présences", con el discurso de Pablo Neruda en la recepción del premio Nobel de literatura en 1971. "Les enquêtes littéraires" sobre Miguel Hernández y Jorge Guillén. En fin, "Etudes hispaniques appliquées" con textos sobre la economía española del momento. En total se editaron más de un centenar de obras, una labor editorial que contribuyó a situar de nuevo el Instituto entre los centros más activos del hispanismo internacional y que continuó tras la transformación de 1970.

[4] Ver la polémica entre Marcel Bataillon y el embajador español en Lima, Fernando María Castiella, en agosto de 1948, reproducida en Claude Bataillon, *Marcel Bataillon, o. c.*, pp. 270-276.

[5] Ver http://editions-hispaniques.com/

[6] Aubrun, C. V., "Carta de marear para hispanistas", en *Les Langues Néo-latines*, n. 166 (1963), p. 1.

Cuando los estudios literarios estaban siendo progresivamente desplazados hacia los márgenes en el área de las ciencias humanas, y cuando las ciencias sociales se encontraban en claro desarrollo, el Instituto se convirtió en un refugio de todos aquellos que seguían defendiendo el estudio de las "bellas letras españolas" por sí mismas. En el París de aquellos tiempos el americanista Paul Rivet dirigía el *Musée de l'Homme* que se apoyaba en la etnología; Braudel desde la sexta sección de *l'École Pratique des Hautes Études* formaba una escuela dedicada a la historia económica, social y de las mentalidades; Chaunu, en la Sorbona, pasaba de la historia económica a la historia demográfica; la dirección de la Casa de Velázquez se encomendaba a un historiador de la gran propiedad mexicana, y en el Institut des Hautes Études d'Amérique Latine el director era un geógrafo. En este entorno de renovación y de avance de las ciencias sociales a costa de las humanidades clásicas, Charles V. Aubrun, el director del Instituto, se opuso como pudo al empuje de las nuevas modas: la historia social de la literatura, la sociología de la novela, la poesía comprometida y, en el terreno del lenguaje, la moda de los ensayos y de la literatura hispanoamericanas. El Instituto se mantuvo contra corriente, insistiendo en los análisis estrictamente literarios y filológicos y en el estudio de la gran tradición literaria española, con la colaboración de un profesorado en el que abundaban buenos traductores, buenos poetas y buenos novelistas.

Charles Aubrun tenía una concepción del hispanismo más racional que sentimental. La tradición cultural hispana era para él un repositorio de ideas y de sentimientos donde cada generación podía encontrar materiales útiles para sus necesidades, pero siempre desde la perspectiva de una cultura humanista y universal. Renegaba del narcisismo nacionalista y no entendía que pudiera hablarse de un hispanismo alemán, italiano o francés. El hispanismo era una disciplina internacionalista, que no suponía ningún afecto especial por la tradición cultural de una nación en particular. Sus consejos a los jóvenes "hispanisants" dejaban clara esta postura:

> El hispanólogo de verdad en ningún caso debe permitir que intervengan en sus trabajos sus sentimientos con relación a la nación española, su hispanofilia o bien su hispanofobia. Sus juicios se han de formular dentro de una visión objetiva y racional, en la medida de lo posible.
> Se nos dirá: ¿y cómo se explicaría la vocación del hispanista, elemento esencial de su eficacia, sin cierto atractivo por el mundo de ideas, sensaciones, sentimientos propios de los españoles? No dudamos del origen afectivo de su primera elección. Pero ese primer paso no debe llevarle a una total capitulación de su razón, de su capacidad para medir y comparar, para enjuiciar con lucidez y entera libertad los fenómenos que va estudiando. Su propia condición de extranjero le permite guardar sus distancias con ellos, juzgarlos desde lejos y desde cerca. Enjuiciarlos por de dentro le conduciría a una de las dos actitudes más frecuentes entre ciertos aficionados españoles a las cosas españolas, o bien al narcisismo patriotero o bien al masoquismo. […] Dejemos pues ditirambos y panegíricos de propaganda cultural. Nos interesamos por las cosas de España no *ad maiorem Hispaniae gloriam* sino al *usum universale* [7].

[7] Carta del consejero cultural, José Luis Messía, al Dir. Gral de Relaciones Culturales de 21 de marzo de 1959, AGA 66/4336.

Para las autoridades españolas, la importancia del Instituto desde el punto de vista de la política cultural no admitía dudas. El consejero cultural de la embajada española lo calificaba como "el más importante vivero de hispanistas que existe en el mundo", y explicaba a las autoridades de Madrid que, al fin y al cabo, París no sólo tenía algo de "Santa Sede de la cultura universal" sino también de la "Meca" del hispanismo, al menos del hispanismo europeo . Por ello las autoridades españolas decidieron reanudar la subvención, a partir de 1959, para financiar la contratación, de nuevo, de profesores y conferenciantes españoles. La lista de candidatos se negociaba al comenzar cada curso de común acuerdo entre las dos partes: la dirección del Instituto y el consejero cultural de la embajada en París. Además, el director del Colegio de España de la Cité Universitaire, el catedrático Joaquín Pérez Villanueva, era el encargado de impartir los cursos de Historia de España. Le sucedió, de 1969 a 1972, el historiador José Antonio Maravall, que para entonces ya había dado un giro en su ideario personal hacia el liberalismo democrático. Los sucesos de mayo de 1968 y la reorganización que siguió del sistema universitario francés puso fin a esa colaboración universitaria con el apoyo oficial español.

Desde entonces el Instituto es una dependencia de la Universidad París IV-Sorbonne, asociada a la UFR d'Études Ibériques et Latino-américaines. Continúa formando promociones muy numerosas de hispanistas franceses, desarrolla una labor de investigación a través del CRIMIC, y mantiene la actividad editorial, a la que ha sumado la publicación de una revista académica: *Ibéric@l, Revue d'études ibériques et ibéro-américaines*. El Instituto sigue la perspectiva multidisciplinar que ha sido una característica desde sus orígenes, y conserva una posición central dentro del hispanismo francés, a pesar de la multiplicación de centros y universidades que desarrollan esa disciplina. Ha perdido, sin embargo, el carácter binacional que tuvo desde su origen, su rasgo más original y el que le convirtió en un referente indiscutible del hispanismo internacional.